

Homilía para el segundo domingo de Cuaresma

Esta semana tuve mucha ayuda en la preparación de esta homilía.

Este miércoles pasado, alrededor de unas cien personas se presentaron a nuestro Estudio Bíblico Cuaresmal.

Durante nuestro tiempo juntos,
leímos la historia de la Transfiguración
y después compartimos
los pensamientos e ideas
que brotaban como el agua
que sale de una boca de incendios!

Uno de nuestros jóvenes se centro en el hecho de que San Pedro quería instalar tiendas de campaña o chozas en la montaña. Esto le recordó de los buenos momentos que tuvo acampando con su familia en Red River, Nuevo Mexico.

Una de nuestras jóvenes se centró en la advertencia del Señor: "No le digas a nadie acerca de esto". Y le recordó a un maestro que les decía a los estudiantes que no debían, bajo ninguna circunstancia, decirles a los demás las preguntas en la prueba STARR.

Otra escucho la referencia al final de la lectura "Resucitar de entre los muertos". Esta referencia le llevo inmediatamente a recordar a una de sus hermanas que ya no está entre nosotros.

Alguien del grupo de hispanos habló sobre el largo camino que los llevó a esta montaña, y la fe que necesitarían los apóstoles para escalar la siguiente, la montaña del Calvario.

Alguien del grupo de habla inglesa mencionó la nube de oscuridad que eclipsó a los apóstoles, entonces habló sobre cuánto de su propia vida pareciera estar nublado debido a las tribulaciones y preocupaciones.

Finalmente, alguien resalto las palabras más importantes de todo el pasaje.
Las palabras de Dios Padre que hacían eco en todo el cielo.

ESTE ES MI HIJO. ESCÚCHENLO.

Escúchenlo a él.

Pero eso no es algo fácil de hacer.

Incluso cuando quisiéramos.
Incluso cuando lo intentáramos.

Es difícil escuchar al Señor
y discernir su voz en un mundo lleno de ruido y distracción,
i-phones y i-pads,
medios de comunicación y redes sociales.

¿Cómo sería escuchar al Señor hablarnos?

Y, si lo hiciera, ¿qué diría?

Independientemente de cuánto quisiéramos
que Dios nos hablara de una manera clara y reconocible,
necesitamos tener un "receptor" interno sintonizado a la voz de Dios.

Todos conocemos los pasos prácticos que debemos tomar para mantener el receptor en buen estado:

- Planea por adelantado
- Encuentra un lugar tranquilo
- Abre tu mente, abre tu Biblia, abre tu corazón.

Los ejercicios de "estiramiento" también ayudan (como al estirar el brazo y alcanzar):

- Alcanzando tu rosario
- Alcanzando la Sagrada Comunión
- Alcanzando la mano de su cónyuge al momento de decirle: "Perdóname. Te necesito. Te amo. Oremos juntos".

Se escuchó una voz en el cielo que decía: "Este es mi Hijo".
Escúchenlo."

¿Cómo sabemos que Dios nos está hablando realmente?

La única forma en que lo sabremos es cuando callemos nuestros corazones...

callémoslo lo suficiente como para escuchar debajo del latido la añoranza y deseo del corazón.

La voz de Dios...

Llamándonos a escalar una montaña.

Llamándonos a tomar el riesgo y la decisión.

Llamándonos a su presencia.

Llamándonos de regreso a la Iglesia,

De regreso a los sacramentos,

De regreso a la Palabra,

donde Dios nos espera

donde Dios nos espera pacientemente,

donde Dios siempre y para siempre
nos espera para escucharnos decir,

con el entusiasmo del joven Samuel en el santo templo de Dios:
Aquí estoy, Señor. ¡Reportando para el deber!

Ese lugar santo de profunda oración
donde Dios espera para escucharnos decir
con el mismo valor de la joven muchachita llamada Maria:
Eh aquí la humilde sierva del Señor.
¡Hágase en mí según tu palabra!

Es ese lugar maravilloso en la cima de una montaña
donde Dios espera para escucharnos decir,
con el asombro de Pedro:
Señor, que bueno es estar aquí!

Si queremos escuchar al Señor hablar,
necesitamos ir a un lugar donde podamos escucharlo.

La dirección y pasos para llegar hacia ese lugar
donde Dios nos está llamando
se encuentran en nuestro corazón,
en lo profundo de nuestro corazón ...
y no en alguna otro lugar.